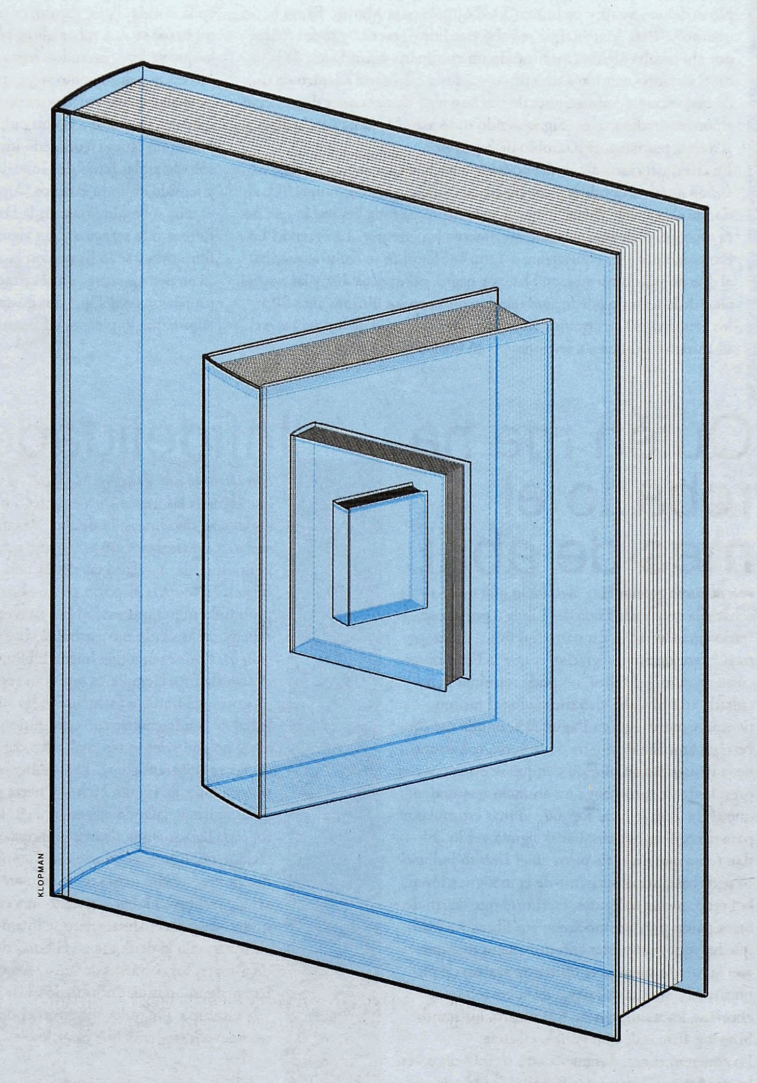


VISITA GUIADA Una agenda de la Feria del Libro día por día

ESPECIES QUE DESAPARECEN Michael Krüger y la edición independiente

DESDE LA GENTE El Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, o cómo convertir la poesía en bestsellers.



La feria y yo

José Pablo Feinmann
Juan Sasturain
Guillermo Saccomanno
Rodrigo Fresán
Antonio Dal Masetto
María Moreno
Alicia Dujovne Ortiz
Claudio Zeiger
Andrew Graham-Yooll
Sergio Olguín
Carlos Gamerro
Alberto Laiseca

del autor al lector

El ladrón de libros

POR RODRIGO FRESÁN La cosa más repugnante que jamás he visto en la Feria del Libro de Buenos Aires fue a Ernesto Sabato autografiando un ejemplar del informe de la Conadep de título *Nunca Más* como si se tratara un ejemplar de *Sobre héroes y tumbas*. La cosa más linda que jamás vi en la Feria del Libro de Buenos Aires fue un tipo robando un libro mío para –acto seguido e ignorante de que yo lo había visto en pleno delito– venir y pedirme: "Dedicámelo para Martín. Es mi hermanito". "Para Martín, que se robó este libro", escribí y todos felices y por ahí pasaba alguien masticando un choripán –o sandwich de jamón serrano– camino a uno de esos actos a celebrarse adentro de una de esas extrañas habitaciones de lata con algo de container de material altamente radioactivo. ¿Sigue siendo todo así? ¿Nada ha cambiado? ¿La feria permanece? ¿Cambio de lugar, no?

En cualquier caso –algún día de éstos– escribiré una novela titulada *El ladrón de libros* donde la Feria funciona como ese territorio iniciático donde el humilde aprendiz aprende de sus maestros a llevarse lo que no es suyo, pero, de algún modo, igualmente le pertenece. La Feria del Libro como perfecto equivalente a Templo Shao-Lín (o como se escriba) al que no puedo ver sino en blanco y negro, porque los días y las nochecitas de la feria no puedo sino relacionarlos con los últimos años 70 y los primeros 80 y el mundo de la memoria –como el de los sueños o el de nuestros primeros televisores– es en blanco y negro.

En *El ladrón de libros* mi héroe se pierde cuando es niño adentro de la Feria del Libro. Sus padres –con quienes fue tomado de la manito– desaparecen ahí mismo quizá para, con el tiempo, poder aparecer adentro de un libro que va a autografiar Ernesto Sabato. Mi héroe se queda ahí adentro, pero, en lugar de ponerse a llorar, opta por robarse un libro, su primer libro robado. No diré su título porque no se dice en la novela. Pero, seguro, es *uno de esos libros*. Al desmontarse la feria, mi héroe se va a robar libros por Corrientes y de eso vive –vendiendo lo que ya leyó, no todo– hasta el abril siguiente. Otoño tras otoño.

No estoy seguro cómo sigue, no sé muy bien cómo termina, quién sabe si alguna vez voy a ponerlo por escrito. Tal vez termina siendo escritor, tal vez acaba hecho pulpa a balazos a la salida de un Barnes & Noble de Nueva York, con un *capuccino* en la mano, luego de haber robado en las ferias de Guadalajara, Frankfurt y Chicago y ser famoso y temido en todo el mapa. Algo sí puedo afirmar sin dudarlo: el tipo es feliz robando libros en la Feria del Libro como todos alguna vez lo fuimos o lo seremos y, en algún momento, yo lo descubro robando un libro mío y se lo firmo con la admiración y el reconocimiento que se tiene por un colega en el crimen, por un héroe al que admiramos, por un personaje del que nos gustaría ser autor y dueño.

Ahora que lo pienso, tal vez sea un cuento.

Quién me ha robado el mes de abril

POR CLAUDIO ZEIGER Hay algo de lo que no sé si echarle la culpa a la Feria del Libro o por el contrario agradecérselo. En parte (no única causa, pero sí factor decisivo) "gracias" a que la Feria transcurre en el mes de abril, no pude terminar la facultad. Yo trabajaba en varios lados al mismo tiempo y entre ellos en **Página/12**, donde me convertí en cronista de guerra de la Feria: coberturas de la inauguración, donde siempre se espera que el presidente de turno haga un anuncio trascendente que al final no se hace y donde lo más estimulante para el cronista es constatar si alguna vez lo chiflan (cosa que no suele pasar en el ámbito bullicioso pero bastante obsecuente de la inauguración de la Feria); mesas redondas; escritores que llegan de otros países para promocionar sus libros y a los que hay que entrevistar con una mano mientras con la otra se sostiene el libro que acaban de publicar; y las infaltables notas de color sobre los chorizos, las manzanas de Río Negro, los stands bizarros, firmas de autógrafos, etcétera.

Lo concreto es que durante cuatro o cinco años –en lo que fue mi último intento por recibirme de una vez de Licenciado en Letras–, cada vez que empezaba a cursar, a fines de marzo o a comienzos de abril, la Feria me fagocitaba y yo iba dejando caer las materias una a una. Para rematar el cuadro, como siempre, la Feria del Libro (sobre todo cuando se hacía en Figueroa Alcorta y Pueyrredón) está asociada en mi recuerdo al mal tiempo, la lluvia, el cagarse de frío a la salida de la última mesa a eso de las once de la noche, terminaba con una gripe machaza que daba por tierra con la última posibilidad de engancharme a estudiar.

El tiempo pasó, la Feria sigue, la facultad es un sueño eterno como la revolución de Andrés Rivera y uno es lo que es, pero no licenciado. A pesar de todo, no le guardo rencor. Al fin y al cabo hice muchos amigos gracias a la Feria, a la que voy siempre pero jamás a mirar libros, mientras veo sucederse nuevas generaciones de cronistas de guerra que fatigan los pasillos, persiguen escritores, hacen notas sobre los choripanes y vuelven a corroborar lo que cualquier estudiante de Letras podría sospechar: que la gente siempre compra más o menos los mismos libros y que el best seller sigue siendo el *Martín Fierro*.

Infidelidades

POR ANTONIO DAL MASETTO Me llamó la atención un hombrecito trajeado y calvo, que recorría las mesas y los estantes a una velocidad insólita. Tomaba un libro, lo abría, leía unas líneas, lo dejaba, tomaba otro. Era como si le faltara tiempo. Ansiedad y desasosiego, eso era lo que transmitía. Se le acercó un vendedor y le preguntó si podía ayudarlo en algo. Ojalá, dijo el hombrecito. Ojalá su problema fuera solamente la elección de un libro. Desde hacía tiempo su mujer le había prohibido ingresar un solo libro más en la casa. Lo revisaba cuando llegaba de la calle por si traía alguno escondido bajo la ropa. Lo que el hombrecito más amaba eran los libros, tenía una buena biblioteca, se había pasado la vida armándola. Poseía algunos ejemplares que eran verdaderas joyas, primeras ediciones. No era una persona pudiente y había hecho sus buenos sacrificios para adquirirlos. Pero le había tocado casarse con una mujer que detestaba los libros. Al principio las cosas no anduvieron tan mal, pero con el paso de los años ella se había vuelto cada vez más intransigente. El argumento de su mujer era que los libros ocupan mucho espacio, juntan bichos y tierra y no se pueden limpiar. Seguro que cuando él muriera, cuando ella enviudara, lo primero que haría, sin perder un minuto, sería llamar a una de esas empresas que compran usados:

"Sáqueme todo esto de acá lo más rápido posible". Y remataría su biblioteca por dos pesos con cincuenta. De tanto en tanto el hombrecito todavía lograba ingresar algún libro. Había montado una estrategia. Lo dejaba en el almacén de la esquina, después el almacenero se lo entregaba a la mucama cuando iba a hacer las compras, ella lo ocultaba en la bolsa de los comestibles, entre los fideos, las latas de tomate, los paquetes de arroz. Así era como lo entraba en la casa y lo colocaba en algún estante, disimulado entre los demás. Grandes aliados el almacenero y la mucama. De todos modos no podía abusar. Antes de arriesgarse a llevarse un nuevo libro tenía que elegirlo bien. Muy pero muy bien.

El tigre de la memoria

POR ALBERTO LAISECA

De chico imaginaba (y hasta soñaba) que en algún lugar mágico estaba La Casa de la Bruja. La hechicera no era mala persona sino todo lo contrario. Había dispuesto para quien supiera encontrarlo un cuarto secreto y maravilloso lleno de libros.

La Feria, pese a las aglomeraciones y el ruido, tiene algo de aquella perdida Casa. Es difícil que uno halle los títulos que busca, pero en cambio encontrará otras cosas, insospechadas y muy gratificantes.

Mis anécdotas en la Feria, aparte de encontrar un par de enemigos y dos o tres amigos cada vez que la visite, se refieren a sucesos que, por fuerza, deben resultar muy pequeñitos para otros, pero importantísimos para mí: tropezarme con un volumen de *Cuentos populares chinos*, con cuentos de Andersen, los hermanos Grimm, una nueva versión de *El libro de las tierras vírgenes*, de Kipling, *Viaje al centro de la Tierra*, de Verne y otras maravillas.

Todos placeres privados e internos, como se ve.

Me gustaría poder contarles la siguiente historia: el año pasado, hacia la época de la anterior Feria, la visité con intenciones de cazar un tigre de Bengala. Me aposté con mi rifle al lado del stand de una editorial (no diré cuál porque no se puede hacer publicidad gratuita). Estuve toda la noche acechando (ya la gente se había retirado). De pronto sentí que me olfateaban desde atrás. Quedé inmóvil, paralizado de espanto, con mi inútil rifle apuntando al vacío. El felino avanzó con sus pies de seda y pude verlo con el rabillo del ojo. Era el tigre de alzada más grande que hubiese visto en mi vida. Ahí supe el significado de la palabra *miedo*. Luego de examinarme a su gusto y paladar, se fue sin hacerme el menor daño. Lamentablemente la anécdota no es mía. Pertenece a Kipling y le sucedió en el norte de la India, actual Bangla Desh.

Mi primera vez

POR JOSÉ PABLO FEINMANN aparecí por la feria del libro en 1981 porque decidí que en lugar de resistir a la dictadura no concurriendo acaso fuera mejor resistir estando ahí ya que había publicado dos años atrás una novela que había sido bien leída por algunas personas a las que me interesaba conocer y tal vez humildemente firmarles un par de ejemplares porque ya me sentía otra vez un escritor y los escritores se hacen cargo de estas peripecias o sea firmar en una feria algunos libros a sus lectores de modo que ahí estuve y algunos aparecieron con esa edición de tapas azules de *últimos días de la víctima* y yo firmé y firmé como cuatro creo y estaba en eso cuando por el altoparlante dicen que estoy firmando en el stand no sé cuánto y dicen mi nombre y era la primera vez que mi nombre se decía en un lugar público desde que lo público se había transformado en lo prohibido a partir del golpe del maldito marzo veinticuatro de modo que oí mi nombre y sentí una mano sobre mi hombro derecho y una voz que dice muy alegremente mirá caramba lo que son las cosas yo creía que estabas desaparecido y resulta que sos famoso y me di vuelta y encontré a un viejo compañero de la facultad a quien yo también creía desaparecido y a quien ahora le firmaba un libro y nos dimos un abrazo y yo me quedé disfrutando de esa súbita fama hasta que me di cuenta que ser famoso para un escritor ahí en la feria del libro es firmar uno que otro libro pero es sobre todo responder a la pregunta fatal real insondable insoslayable que los lectores siempre hacen y jamás dejarán de hacer ya que jamás los lectores dejarán de preguntarles a los escritores ahí en la feria del libro si saben por favor si saben sencillamente simplemente urgentemente no qué es la literatura no qué significa escribir no qué está escribiendo o qué piensa escribir o qué escribió sino sencillamente simplemente urgentemente dónde está el baño

Wernicke, un ejemplo

POR GUILLERMO SACCOMANNO Hace ya unos cuantos años, en la Feria, me tocó integrar una mesa redonda sobre minimalismo. Carver & Co. Elegí leer un cuento cortísimo, afilado, de una concisión brillante. A Carver, con seguridad, le hubiera gustado escribir ese cuento. Su protagonista, un empleado mediocre, viajaba en tren y hacía memoria y balance de su existencia absurda. Deliberadamente busqué que el relato pareciera una traducción de Anagrama. Al personaje lo bauticé Harry. Donde en el relato se hablaba de un tren, puse elevado. Y así sucesivamente. Cuando terminé de leer el relato se esperaba que nombrara ese autor norteamericano. Lo hice: Enrique Wernicke. Nadie se acordaba de Wernicke.

Años más tarde me propusieron integrar una mesa en la que se homenajeaba escritores olvidados. Los escritores eran tres: Abelardo Arias, Roger Pla y, por fin, Enrique Wernicke. Igualar tres poéticas y también tres visiones del mundo diferentes a través de la muerte me parecía de una piedad culposa. No obstante, allí estuve. Más allá del interés que cada uno de los panelistas podía sentir por su muerto evocado, quedaba en claro que los muertos eran incompatibles. Wernicke, especialmente, un outsider del ghetto literario, y no sólo del ghetto. La muerte no vuelve mejores a los hombres. Tampoco hace tabla rasa con sus discursos y sus diferencias. Me pregunté qué hubiera pensado Wernicke de observar el lugar diplomático que le asignaba la Feria asimilándolo a contemporáneos, pero no a pares.

Es sabido, y a esta altura ya resulta obvio volver a subrayarlo: la literatura pasa por sitios más íntimos que la Feria. Cuando muera espero que no se me haga ningún homenaje ahí. Gracias.

Anclada en París

POR ALICIA DUJOVNE ORTIZ La responsable de mi regreso a la Argentina tras veinte años de ausencia fue la Feria del Libro de 1997. Por miedo a las feroces reacciones que aún atribuía a mis compatriotas había demorado mi visita a Buenos Aires para presentar mi biografía de Eva Perón. Pero ya para esa fecha sabía que mi libro había sido recibido entre sonrisas de beneplácito. Esa noche, en la feria, pude palpar el fenómeno, decirme atinadamente que nunca más se me daría, y gozarlo. La cola de personas que me esperaban para que les firmara el ejemplar se remontaba lejos. Era el túnel del tiempo.

Una señora de cierta edad me mostraba una carta: "¿No reconocés la letra? Me la escribiste en cuarto grado". Otra me daba un papelito donde se hablaba de leche: la pediatra de mi hija. Un señor canoso y todavía pintón me declaraba su llama eterna: mi primer novio. Jamás he besado de un tirón tantas mejillas olvidadas. Lo que sí tenía fresco en la memoria eran los salones del libro franceses. Escritora argentina sentada en el stand de las Editions Grasset hunde los ojos en la nada. A lo largo de las horas la apilada mercadería tras la que emerge su desolado rostro no pierde altura. La gente pasa, mira, a veces toca los libros con el dedo y sigue. Si frunce la nariz es porque se está preguntando si no habrá visto en la tele a esa morocha. Si se acerca a hablarle es porque le fascina América latina con sus carnavalitos y sus desparecidos, así, sin a. En París, en Nantes, en Le Mans, ¿quién iba a recordar que alguna vez fui al colegio? El extranjero no tiene infancia. Me volví a lo que contra toda evidencia persisto en considerar mi país, sólo porque en aquella Feria del Libro de Buenos Aires hubo una cola de gente que me llenó la cara de besos. Sentirse viva no tendrá el mismo brillo que agotar la pila en el Salón de Bordeaux, pero no cabe duda de que es más tibiecito.

El sueño del pibe

POR SERGIO S. OLGUÍN No hay Feria en la que no sienta la misma tentación: robarme un libro en alguno de los stands. Todos los años voy con la idea de que esta vez sí, me voy a animar. Pero, al igual que en las librerías porteñas, los controles de seguridad son cada vez más efectivos y espantan a los posibles practicantes del robo de libros, el oficio intelectual más viejo del mundo.

En la única Feria que me animé a llevarme un libro sin pagar fue en la de 1989. En un stand que reunía varias editoriales españolas que no solían llegar a Buenos Aires, había un ejemplar de *La merienda de los generales* de Boris Vian. Eran cien páginas a un precio que en sí mismo era un robo. Si hubiera tenido la plata, creo que lo hubiera comprado. Pero no me alcanzaba y sabía que si no me lo llevaba, no iba a volver a ver ese libro en ninguna librería del país. Con el apoyo moral de un amigo y la complicidad del empleado que se fue para la otra punta del stand, no lo pensé y me llevé el ejemplar. Los metros que iban de la mesa de libros al salón siguiente de la Feria fueron los metros más largos de mi vida. Me sentía Brad Davis en *Expreso de medianoche* antes de ser detenido por el ejército turco. En mis pesadillas, todavía puedo ver a una promotora del stand de al lado, vestida de gaucha, que me miró horrorizada, no porque hubiera visto que me llevaba el libro sino porque reflejaba en su rostro mi expresión de terror.

Cuando ya estaba en otro sector de la Feria me di cuenta de que era la única persona que llevaba un libro nuevo en la mano, así que atiné a guardarlo en mi mochila. La historia no tiene un final tan feliz: un par de años después presté mi ejemplar de *La merienda de los generales* (junto a todo el teatro de Boris Vian) y nunca conseguí que me lo devolvieran.

Desde entonces, todos los años tengo ganas de volver a sentir la adrenalina de aquel día. En mi mente mejoro la práctica del robo: hay que llevar una bolsa de algún otro stand para tirar el libro adentro, hay que esquivar los stands con alarma, hay que revisar el libro en el baño para evitar que suene en otro lugar o saliendo de la Feria. Pero todos los años me conformo con llevarme los inútiles folletos que me dan o algún libro regalado por algún editor generoso. Nada de emociones fuertes.

La amnistía de los malditos

POR ANDREW GRAHAM-YOOLL En la entrada, a la izquierda, había un pequeño encierro de alambre tejido rodeando una pila de libros. "Done libros para las escuelas argentinas en Malvinas" decretaba un cartel. La gente se daba un festín. Podía responder al llamado patriótico y además sacar del altillo todos esos textos inservibles guardados desde los tiempos de la abuela. Los títulos parecían inofensivos: algunos textos muy usados, alguna literatura gauchesca y muchas de esas traducciones de novelas de aeropuerto. Los libros importantes se mantenían escondidos aún o ya habían sido quemados para evitar su delación accidental. El ambiente de represión había dado lugar a uno de jolgorio futbolístico, porque la Argentina iba a ganar la batalla del Atlántico Sur. Adentro de los galpones municipales la feria era discreta pero abundante.

Aparecían aquí y allá caras del exilio que habían regresado, anónimos en la confusión. Vanidoso, busqué mis libros en el catálogo de libros impresos: en la versión argentina no estaban. Aparecían en la edición española, los tres títulos. Con un funcionario recordé los inicios de la feria, cuando Esteban Ratti era presidente de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y la había propuesto con Jorge Caldas Villar y otros pocos. Pero esa gestión ya había quedado olvidada.

Aclaro que yo estaba de visita temporaria, como corresponsal del diario *The Guardian*, de Londres, que me había enviado de regreso al país del que había fugado ignominiosamente en 1976. Ingresé con pasaporte británico por miedo a quedar pegado con el argentino. Un abogado amigo me había informado que aún existía orden de arresto en el juzgado de San Martín y el de Azul, por periodista. Al finalizar la guerra, la módica suma de cien dólares (así andaba la economía) lograría "limpiar" el expediente en San Martín. Quedó pendiente hasta 1984 el de Azul.

En 1982 eso se podía hacer. Creo que fue Gabriel García Márquez que llamó a la situación creada en torno de Malvinas "La amnistía de los malditos". Como los militares no miraban otra cosa que el sur, habían entrado los libros de García Márquez, Cortázar y tantos otros prohibidos. En las disquerías de la calle Florida se escuchaban las voces de Joan Manuel Serrat y de Mercedes Sosa. En el cine se podía ver la película de David Putnam, *Carrozas de fuego*, que incluía una victoria deportiva británica a la que acompañaba la música de "God Save the King". El conflicto, la feria y Putnam tenían algo en común que escapaba a la realidad. No era fácil de explicar.

Nunca supe qué sucedió con esos libros para las escuelas en Malvinas. Imaginé que habían sido quemados, como tantos otros en aquellos años, para mantener calentitos a los coroneles derrotados en aquel invierno del '82.

La literatura rural

POR CARLOS GAMERRO Hace años que no voy a la Feria del Libro. Nunca fui de ir mucho, y cuando iba, raramente compraba –soy una de esas personas a las cuales el exceso de oferta les produce una retracción defensiva de la demanda: cuanto mayor es el hipermercado, más vacío va mi carrito–. La Feria del Libro me parece un lugar apto únicamente para quienes quieren robar libros (no sólo porque es más fácil sino porque la Feria le quita al libro su aura, lo convierte en pura mercancía) o para reflexionar acerca de la vanidad de todos los esfuerzos humanos: como en la Biblioteca de Babel de Borges, está todo allí, pero es imposible encontrar lo que uno busca, como en *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert, el exceso de libros quita toda gana de leer. En la Feria, a veces me pasa sospechar que los libros sean de utilería; hasta los escritores que concurren se contaminan a veces de esta irrealidad. Una vez asistí a una charla entre Susan Sontag y Borges, bajo un tinglado: ¿qué hacían Borges y Susan Sontag, juntos? Parecía un montaje surrealista, parecían iconos sacados de un cuadro de Warhol. Ni siquiera me puedo acordar de lo que hablaron. Me gusta más observar a los libros en su hábitat: una librería algo silenciosa, atendida por un librero que haya leído al menos una parte de lo que ofrece (y que juega a querer compartirlo con uno, no meramente venderlo), con estantes cargados de libros hasta el techo y un sillón con una lámpara para sentarme a hojearlos. También los animales de granja me atraen más en su entorno: los patitos en el estanque, los chanchitos en el barro, las vacas y los caballos con las narices hundidas en los tréboles. Nunca entendí la gracia de ir a verlos en la Rural, encerrados en corrales o jaulas malolientes, aislados unos de otros, inmóviles, alejados de la luz del sol. Ahora, los libros también se exhiben en la Rural. Que me acusen de ecologista, pero prefiero verlos en su ambiente natural.

La feria fastidiosa

POR MARIA MORENO Una feria sin palo enjabonado ni hombre elefante ni flor azteca ni tío vivo es una perversión. Un *feria del libro* podría ser simplemente una variante de la especificidad, como en los chats gays aquellos que permiten hacer contacto entre sí a los osos o las lesbianas stones. Pero no. Y no es la destitución romántica del acto de lectura señalando la relación entre libro y dinero y la recategorización del lector en cliente lo que hace a la feria fastidiosa. Sino que ésta ofrece a sus potenciales asistentes una serie de sustituciones del acto de leer. En lugar de la posibilidad de *encontrar más de lo que uno desea*, la proliferación crea la ilusión de un acceso casi sin límites que en la práctica se vuelve imposible por saturación. Al igual que una biblioteca infinita es equivalente a ninguna, la relación imaginaria con un universo personal y un estilo son sustituidos –en el caso de que haya módicas exportaciones– por el *cuerpo a cuerpo* con el autor. Ese encuentro suele ser altamente equívoco y no sólo por la fetichización del ejemplar firmado que bien puede *no* ser un correlato de la lectura posterior del libro, sino porque la afluencia a las salas de conferencias y mesas redondas suele recibir una concurrencia más afín al principio que expulsa a las salidas laterales a los concurrentes de un estadio durante un acto masivo que a un interés evocado por la consigna. La información computada transmite una cultura de claringrilla poco adecuada para despertar lo que en última instancia pone en movimiento el acto de leer: el deseo. La estructura pedagógica del acontecimiento presupone en su política básica a alguien que no lee o que concibe el libro como instrumento técnico. Por supuesto que tanto el lector salteado macedoniano, como el autodidacta que lee en collage, como el que sabe que el vicio de leer se adquiere mediante un hilo de asociaciones más o menos azarosas (quizás a través de la transmisión apasionada de un profesor, un librero, un bibliotecario o alguien con pedigree en la gula de la letra) y no *creyendo tenerlo todo frente a sí*, pueden encontrar algo en la feria pero al igual que lo encontrarían en una librería de viejo o en una librería a secas, y probablemente más barato. Y algunas perversiones accesorias: los jefes de suplementos culturales, sin coraje para eludir la doxa y saltearse la feria, deben reducir sus diversas funciones –por cuestionables que sean– a la de una agenda comentada. Los autores cuyos nombres bautizan las salas en letras mayúsculas –Victoria Ocampo, Julio Cortázar, José Hernández– tienen incompletísimas sus obras en la Biblioteca Nacional.

Al rico choripán

POR JUAN SASTURAIN No quiero simplificar demasiado pero me animo a opinar. Sé que lo que me falta de autoridad no me alcanza de experiencia, pero son muchos otoños de transpirar la Feria. Por eso, creo que puedo señalar la vigencia de una verdad incontrastable: nuestro evento cultural –"evento" va junto con "predio" en las gacetillas y las crónicas– tiene rasgos absolutamente propios que lo diferencian del resto de las ferias del libro del mundo: Madrid, Frankfurt, Guadalajara y otra tantas que minuciosamente desconozco. Es un lugar común promocional, asumido como apotegma, que lo que hace única a esta feria es la originalidad de juntar a autores y lectores sin mediación de otro tipo que el afecto, la necesidad mutua de conocerse tras el romance iniciado sólo por escrito o por leído. Ideal, idílicamente, la Feria sería la casa de citas en que anualmente se encuentran los verdaderos protagonistas del hecho literario para tener su encuentro amoroso privado: autor y lector, con el librito en el medio y la lapicera entre los dos. Y se suele comparar el carácter alevosamente comercial de Frankfurt, por ejemplo, donde los poderosos editores multinacionales y agentes literarios dictadores de la moda y de los precios se encuentran para negociar derechos y marcar la pauta universal para el año que viene, con la afectividad de este picnic otoñal más o menos democrático y pintoresco con la presencia redundante del conmovedor Ernesto Sabato, genio, figura y estampilla de Andreani.

Bien: nada de eso es tan así. La Feria del Libro de Buenos Aires es un acontecimiento cultural, social, folklórico y deportivo absolutamente saludable más allá de cualquier consideración crítica, pero su rasgo diferencial es otro. Es la única en el mundo que –durante un cuarto de siglo– ha hecho lugar, en humeantes tiendas contiguas a las habituales estibas de libros, al criollo choripán. El traslado a la nueva sede con cierto aire acajetillado ha puesto en peligro el uso y la costumbre. Sin embargo, nadie me quitará mi mejor recuerdo. Fue hace quince años, para la presentación de las *Crónicas del Angel Gris*. Llegué sobre la hora y había tanta gente que, aunque debía estar en la mesa, no pude entrar. Terminamos, con Jorge Aulicino de *Clarín*, charlando y haciendo, al aire libre, una nota sobre Dolina con choripán y vino tinto de por medio. Y eso en Europa no se consigue.

La amnistía de los malditos

POR ANDREW GRAHAM-YOOLL En la entrada, a la izquierda, había un pequeño encierro de alambre tejido rodeando una pila de libros. "Done libros para las escuelas argentinas en Malvinas" decretaba un cartel. La gente se daba un festín. Podía responder al llamado patriótico y además sacar del altillo todos esos textos inservibles guardados desde los tiempos de la abuela. Los títulos parecían inofensivos: algunos textos muy usados, alguna literatura gauchesca y muchas de esas traducciones de novelas de aeropuerto. Los libros importantes se mantenían escondidos aún o ya habían sido quemados para evitar su delación accidental. El ambiente de represión había dado lugar a uno de jolgorio futbolístico, porque la Argentina iba a ganar la batalla del Atlántico Sur. Adentro de los galpones municipales la feria era discreta pero abundante.
Aparecían aquí y allá caras del exilio que habían regresado, anónimos en la confusión. Vanidoso, busqué mis libros en el catálogo de libros impresos: en la versión argentina no estaban. Aparecían en la edición española, los tres títulos. Con un funcionario recordé los inicios de la feria, cuando Esteban Ratti era presidente de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y la había propuesto con Jorge Caldas Villar y otros pocos. Pero esa gestión ya había quedado olvidada.
Aclaro que yo estaba de visita temporaria, como corresponsal del diario *The Guardian*, de Londres, que me había enviado de regreso al país del que había fugado ignominiosamente en 1976. Ingresé con pasaporte británico por miedo a quedar pegado con el argentino. Un abogado amigo me había informado que aún existía orden de arresto en el juzgado de San Martín y el de Azul, por periodista. Al finalizar la guerra, la módica suma de cien dólares (así andaba la economía) lograría "limpiar" el expediente en San Martín. Quedó pendiente hasta 1984 el de Azul.
En 1982 eso se podía hacer. Creo que fue Gabriel García Márquez que llamó a la situación creada en torno de Malvinas "La amnistía de los malditos". Como los militares no miraban otra cosa que el sur, habían entrado los libros de García Márquez, Cortázar y tantos otros prohibidos. En las disquerías de la calle Florida se escuchaban las voces de Joan Manuel Serrat y de Mercedes Sosa. En el cine se podía ver la película de David Putnam, *Carrozas de fuego*, que incluía una victoria deportiva británica a la que acompañaba la música de "God Save the King". El conflicto, la feria y Putnam tenían algo en común que escapaba a la realidad. No era fácil de explicar.
Nunca supe qué sucedió con esos libros para las escuelas en Malvinas. Imaginé que habían sido quemados, como tantos otros en aquellos años, para mantener calentitos a los coroneles derrotados en aquel invierno del '82.

La literatura rural

POR CARLOS GAMERRO Hace años que no voy a la Feria del Libro. Nunca fui de ir mucho, y cuando iba, raramente compraba –soy una de esas personas a las cuales el exceso de oferta les produce una retracción defensiva de la demanda: cuanto mayor es el hipermercado, más vacío va mi carrito–. La Feria del Libro me parece un lugar apto únicamente para quienes quieren robar libros (no sólo porque es más fácil sino porque la Feria le quita al libro su aura, lo convierte en pura mercancía) o para reflexionar acerca de la vanidad de todas los esfuerzos humanos: como en la Biblioteca de Babel de Borges, está todo allí, pero es imposible encontrar lo que uno busca, como en *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert, el exceso de libros quita toda gana de leer. En la Feria, a veces me pasa sospechar que los libros sean de utilería; hasta los escritores que concurren se contaminan a veces de esta irrealidad. Una vez asistí a una charla entre Susan Sontag y Borges, bajo un tinglado: ¿qué hacían Borges y Susan Sontag, juntos? Parecía un montaje surrealista, parecían iconos sacados de un cuadro de Warhol. Ni siquiera me puedo acordar de lo que hablaron. Me gusta más observar a los libros en su hábitat: una librería algo silenciosa, atendida por un librero que haya leído al menos una parte de lo que ofrece (y que juega a querer compartirlo con uno, no meramente venderlo), con estantes cargados de libros hasta el techo y un sillón con una lámpara para sentarme a hojearlos. También los animales de granja me atraen más en su entorno: los patitos en el estanque, los chanchitos en el barro, las vacas y los caballos con las narices hundidas en los tréboles. Nunca entendí la gracia de ir a verlos en la Rural, encerrados en corrales o jaulas malolientes, aislados unos de otros, inmóviles, alejados de la luz del sol. Ahora, los libros también se exhiben en la Rural. Que me acusen de ecologista, pero prefiero verlos en su ambiente natural.

La feria fastidiosa

POR MARIA MORENO Una feria sin palo enjabonado ni hombre elefante ni flor azteca ni tío vivo es una perversión. Un *feria del libro* podría ser simplemente una variante de la especificidad, como en los chats gays aquellos que permiten hacer contacto entre sí a los osos o las lesbianas stones. Pero no. Y no es la destitución romántica del acto de lectura señalando la relación entre libro y dinero y la recategorización del lector en cliente lo que hace a la feria fastidiosa. Sino que ésta ofrece a sus potenciales asistentes una serie de sustituciones del acto de leer. En lugar de la posibilidad de *encontrar más de lo que uno desea*, la proliferación crea la ilusión de un acceso casi sin límites que en la práctica se vuelve imposible por saturación. Al igual que una biblioteca infinita es equivalente a ninguna, la relación imaginaria con un universo personal y un estilo son sustituidos –en el caso de que haya módicas exportaciones– por el *cuerpo a cuerpo* con el autor. Ese encuentro suele ser altamente equívoco y no sólo por la fetichización del ejemplar firmado que bien puede *no* ser un correlato de la lectura posterior del libro, sino porque la afluencia a las salas de conferencias y mesas redondas suele recibir una concurrencia más afín al principio que expulsa a las salidas laterales a los concurrentes de un estadio durante un acto masivo que a un interés evocado por la consigna. La información computada transmite una cultura de claringrilla poco adecuada para despertar lo que en última instancia pone en movimiento el acto de leer: el deseo. La estructura pedagógica del acontecimiento presupone en su política básica a alguien que no lee o que concibe el libro como instrumento técnico. Por supuesto que tanto el lector salteado macedoniano, como el autodidacta que lee en collage, como el que sabe que el vicio de leer se adquiere mediante un hilo de asociaciones más o menos azarosas (quizás a través de la transmisión apasionada de un profesor, un librero, un bibliotecario o alguien con pedigree en la gula de la letra) y no *creyendo tenerlo todo frente a sí*, pueden encontrar algo en la feria pero al igual que lo encontrarían en una librería de viejo o en una librería a secas, y probablemente más barato. Y algunas perversiones accesorias: los jefes de suplementos culturales, sin coraje para eludir la doxa y saltearse la feria, deben reducir sus diversas funciones –por cuestionables que sean– a la de una agenda comentada. Los autores cuyos nombres bautizan las salas en letras mayúsculas –Victoria Ocampo, Julio Cortázar, José Hernández– tienen incompletísimas sus obras en la Biblioteca Nacional.

Al rico choripán

POR JUAN SASTURAIN No quiero simplificar demasiado pero me animo a opinar. Sé que lo que me falta de autoridad no me alcanza de experiencia, pero son muchos otoños de transpirar la Feria. Por eso, creo que puedo señalar la vigencia de una verdad incontrastable: nuestro evento cultural –"evento" va junto con "predio" en las gacetillas y las crónicas– tiene rasgos absolutamente propios que lo diferencian del resto de las ferias del libro del mundo: Madrid, Frankfurt, Guadalajara y otra tantas que minuciosamente desconozco. Es un lugar común promocional, asumido como apotegma, que lo que hace única a esta feria es la originalidad de juntar a autores y lectores sin mediación de otro tipo que el afecto, la necesidad mutua de conocerse tras el romance iniciado sólo por escrito o por leído. Ideal, idílicamente, la Feria sería la casa de citas en que anualmente se encuentran los verdaderos protagonistas del hecho literario para tener su encuentro amoroso privado: autor y lector, con el librito en el medio y la lapicera entre los dos. Y se suele comparar el carácter alevosamente comercial de Frankfurt, por ejemplo, donde los poderosos editores multinacionales y agentes literarios dictadores de la moda y de los precios se encuentran para negociar derechos y marcar la pauta universal para el año que viene, con la afectividad de este picnic otoñal más o menos democrático y pintoresco con la presencia redundante del conmovedor Ernesto Sabato, genio, figura y estampilla de Andreani.
Bien: nada de eso es tan así. La Feria del Libro de Buenos Aires es un acontecimiento cultural, social, folklórico y deportivo absolutamente saludable más allá de cualquier consideración crítica, pero su rasgo diferencial es otro. Es la única en el mundo que –durante un cuarto de siglo– ha hecho lugar, en humeantes tiendas contiguas a las habituales estibas de libros, al criollo choripán. El traslado a la nueva sede con cierto aire acajetillado ha puesto en peligro el uso y la costumbre. Sin embargo, nadie me quitará mi mejor recuerdo. Fue hace quince años, para la presentación de las *Crónicas del Angel Gris*. Llegué sobre la hora y había tanta gente que, aunque debía estar en la mesa, no pude entrar. Terminamos, con Jorge Aulicino de *Clarín*, charlando y haciendo, al aire libre, una nota sobre Dolina con choripán y vino tinto de por medio. Y eso en Europa no se consigue.

Elige tu propia aventura

DOMINGO 22

14.30 La Fundación El Libro presenta *Micho con botas*, un espectáculo para chicos a cargo de los titiriteros de la Fundación Mane Bernardo-Sarah Bianchi (Sala J. C.).
18.00 Editorial Planeta presenta el libro *Rainer y Minou*, de Osvaldo Bayer. Participarán Juan Forn, León Rozitchner y el autor (Sala J. C.).
18.30 El Instituto de Investigaciones en Humanidades del Colegio Nacional de Buenos Aires y la Fundación El Libro presentan esta mesa redonda que abordará a *Anita Ozores: un personaje y dos autores*. Participan Mónica López y Ramón Támanes, bajo la coordinación de la Prof. Edith R. de López del Carril (Sala R. A.).
18.30 Se llevará a cabo un rincón de lectura titulado *Lo íntimo* en el que Ingrid Pellicori leerá *Diario de Virginia Woolf*. Coordina Solange Ordóñez (Sala R. L.).

LUNES 23

17.00 Homenaje al editor José Boris Spivacow, principal inspirador de la obra editorial de Eudeba y director fundador del Centro Editor de América Latina (Sala J. L. B.).
18.30 Mesa redonda sobre *Vulnerables: un clásico del futuro*. Participan Alfredo Alcón, Rómulo Berrutti, Jorge Marrale, Adrián Suar y Soledad Villamil, bajo la coordinación de Pancho Guerrero y Víctor Tevak (Sala L. L.).
19.00 Mesa redonda sobre *El escritor comprometido, ¿está pasado de moda?* Participan Vicente Battista, Leonor Fleming, Germán García y Liliana Heker (Sala J. L. B.).
19.00 Presentación del libro *¿Qué ven cuando nos ven? Los hombres hablan de mujeres*, de Mariana Perel. Participan Paula Andaló, Mariana Briski, Carlos Ulanovsky y la autora (Sala J. C.).
20.30 Presentación del libro *Kosice, un visionario del arte contemporáneo*. Participan Juan Jacobo Bajarlía, Manuel Pampín, Víctor Massuh, Santiago Kovadloff y Gyula Kosice (Sala A. S.).

MARTES 24

16.00 Curso sobre escritores argentinos y latinoamericanos dictado por Roberto Ferro (Sala D. F. S.).
17.30 Se llevará a cabo esta conferencia sobre *El niño protagonista: apuntes para una nueva cultura de la infancia*, a cargo de Francesco Tonucci (Sala L. L.).
20.30 Presentación del libro *Detrás del vidrio*, de Sergio Schmucler. Participan Horacio González y el autor (Sala A. S.).
21.00 Presentación de los libros *Puerta entre abierta*, de María Susana Arenas y *Cuentos eróticos*, de Noemí Solimando. Recital poético a cargo de Poly Balestrini (Sala A. B. C.).

MIÉRCOLES 25

18.00 Presentación del libro *Contracara*, de Luis Bruschtein (Sala D. F. S.).
19.00 Presentación del libro *Vida feliz de un joven llamado Esteban*, de Santiago Gamboa. Presentación a cargo de Federico Andahazi (Sala V. O.).
19.00 Espectáculo a cargo de Maximiliano Guerra junto al Ballet del Mercosur (Sala J. H.-L. L.).
20.30 Mesa redonda sobre *Rock y literatura*, coordinada por Eduardo De la Puente (Sala J. H.).

JUEVES 26

17.00 El Grupo de Teatro del Colegio Nacional de Buenos Aires presenta *El duende*, un espectáculo teatral sobre textos de Federico García Lorca, con dirección de Orlando Acosta (Sala R. A.).
17.30 Presentación del libro *Más Platón y menos Prozac*, de Lou Marinoff. Presenta: Daisy May Queen (Sala A. B. C.).
20.30 Presentación del libro *Los sirvientes*, de Gustavo Bossert. Participan Eduardo Belgrano Rawson, Ana María Shua y el autor (Sala V. O.).

VIERNES 27

17.00 Sexto Encuentro Internacional de Narración Oral *Cuenteros y Cuentacuentos: de lo espontáneo a lo profesional*. Espectáculo de narración oral para adultos con la participación de Carmen Bártolo, Ana María Bovo, Claudio Ferraro y Elva Marinangeli (Sala J. H.).
18.00 Tendrá lugar este *Homenaje a escritores perdurables, víctimas de la represión: Haroldo Conti, Antonio Di Benedetto, Daniel Moyano y Rodolfo Walsh*. Participan Noé Jitrik y Héctor Tizón. Lectura de cuentos a cargo de María Heguiz (Sala A. B. C.).
21.00 Presentación del libro *Colección Sudamericana Mujer*. Participan Julia Constenla, Betty Couceiro, Daniela Di Segni, Hilda Levy, Marta Merkin y Mercedes Morán (Sala V. O.).
21.30 Café del encuentro. Participarán Carlos Bernatek, Manuela Fingueret, Sylvia Iparraguirre y Guillermo Martínez. Coordinación a cargo de Guillermo Saavedra (Sala R. L.).

SÁBADO 28

18.00 Conferencia a cargo de Alejandro Dolina (Sala J. H.- L. L.).
19.30 Día de Cuba. Espectáculo artístico *Día de Cuba en la Feria del Libro* (Sala J. H.-L. L.).
21.30 Presentación del libro *Recetas y fracaso para escribir un best seller*. Se referirán a la obra Isidoro Blaistein, Angélica Gorodischer y Alberto Laiseca. Coordina Hinde Pomeraniec (Sala V. O.).

Elige tu propia aventura

DOMINGO 22

14.30 La Fundación El Libro presenta *Micho con botas*, un espectáculo para chicos a cargo de los titiriteros de la Fundación Mane Bernardo-Sarah Bianchi (Sala J. C.).
18.00 Editorial Planeta presenta el libro *Rainer y Minou*, de Osvaldo Bayer. Participarán Juan Forn, León Rozitchner y el autor (Sala J. C.).
18.30 El Instituto de Investigaciones en Humanidades del Colegio Nacional de Buenos Aires y la Fundación El Libro presentan esta mesa redonda que abordará a *Anita Ozores: un personaje y dos autores*. Participan Mónica López y Ramón Tamanes, bajo la coordinación de la Prof. Edith R. de López del Carril (Sala R. A.).
18.30 Se llevará a cabo un rincón de lectura titulado *Lo íntimo* en el que Ingrid Pellicori leerá *Diario de Virginia Woolf*. Coordina Solange Ordóñez (Sala R. L.).

LUNES 23

17.00 Homenaje al editor José Boris Spivacow, principal inspirador de la obra editorial de Eudeba y director fundador del Centro Editor de América Latina (Sala J. L. B.).
18.30 Mesa redonda sobre *Vulnerables: un clásico del futuro*. Participan Alfredo Alcón, Rómulo Berrutti, Jorge Marrale, Adrián Suar y Soledad Villamil, bajo la coordinación de Pancho Guerrero y Víctor Tevak (Sala L. L.).
19.00 Mesa redonda sobre *El escritor comprometido, ¿está pasado de moda?* Participan Vicente Battista, Leonor Fleming, Germán García y Liliana Heker (Sala J. L. B.).
19.00 Presentación del libro *¿Qué ven cuando nos ven? Los hombres hablan de mujeres*, de Mariana Perel. Participan Paula Andaló, Mariana Briski, Carlos Ulanovsky y la autora (Sala J. C.).
20.30 Presentación del libro *Kosice, un visionario del arte contemporáneo*. Participan Juan Jacobo Bajarlía, Manuel Pampín, Víctor Massuh, Santiago Kovadloff y Gyula Kosice (Sala A. S.).

MARTES 24

16.00 Curso sobre escritores argentinos y latinoamericanos dictado por Roberto Ferro (Sala D. F. S.).
17.30 Se llevará a cabo esta conferencia sobre *El niño protagonista: apuntes para una nueva cultura de la infancia*, a cargo de Francesco Tonucci (Sala L. L.).
20.30 Presentación del libro *Detrás del vidrio*, de Sergio Schmucler. Participan Horacio González y el autor (Sala A. S.).
21.00 Presentación de los libros *Puerta entre abierta*, de María Susana Arenas y *Cuentos eróticos*, de Noemí Solimando. Recital poético a cargo de Poly Balestrini (Sala A. B. C.).

MIÉRCOLES 25

18.00 Presentación del libro *Contracara*, de Luis Bruschtein (Sala D. F. S.).
19.00 Presentación del libro *Vida feliz de un joven llamado Esteban*, de Santiago Gamboa. Presentación a cargo de Federico Andahazi (Sala V. O.).
19.00 Espectáculo a cargo de Maximiliano Guerra junto al Ballet del Mercosur (Sala J. H.-L. L.).
20.30 Mesa redonda sobre *Rock y literatura*, coordinada por Eduardo De la Puente (Sala J. H.).

JUEVES 26

17.00 El Grupo de Teatro del Colegio Nacional de Buenos Aires presenta *El duende*, un espectáculo teatral sobre textos de Federico García Lorca, con dirección de Orlando Acosta (Sala R. A.).
17.30 Presentación del libro *Más Platón y menos Prozac*, de Lou Marinoff. Presenta: Daisy May Queen (Sala A. B. C.).
20.30 Presentación del libro *Los sirvientes*, de Gustavo Bossert. Participan Eduardo Belgrano Rawson, Ana María Shua y el autor (Sala V. O.).

VIERNES 27

17.00 Sexto Encuentro Internacional de Narración Oral *Cuenteros y Cuentacuentos: de lo espontáneo a lo profesional*. Espectáculo de narración oral para adultos con la participación de Carmen Bártolo, Ana María Bovo, Claudio Ferraro y Elva Marinangeli (Sala J. H.).
18.00 Tendrá lugar este *Homenaje a escritores perdurables, víctimas de la represión: Haroldo Conti, Antonio Di Benedetto, Daniel Moyano y Rodolfo Walsh*. Participan Noé Jitrik y Héctor Tizón. Lectura de cuentos a cargo de María Heguiz (Sala A. B. C.).
21.00 Presentación del libro *Colección Sudamericana Mujer*. Participan Julia Constenla, Betty Couceiro, Daniela Di Segni, Hilda Levy, Marta Merkin y Mercedes Morán (Sala V. O.).
21.30 Café del encuentro. Participarán Carlos Bernatek, Manuela Fingueret, Sylvia Iparraguirre y Guillermo Martínez. Coordinación a cargo de Guillermo Saavedra (Sala R. L.).

SÁBADO 28

18.00 Conferencia a cargo de Alejandro Dolina (Sala J. H.- L. L.).
19.30 Día de Cuba. Espectáculo artístico *Día de Cuba en la Feria del Libro* (Sala J. H.-L. L.).
21.30 Presentación del libro *Recetas y fracaso para escribir un best seller*. Se referirán a la obra Isidoro Blaistein, Angélica Gorodischer y Alberto Laiseca. Coordina Hinde Pomeraniec (Sala V. O.).

BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Fausto.

Ficción

1. Harry Potter y el cáliz de oro
J. K. Rowling
(Emecé, $ 19)

2. El demonio y la señorita Prym
Paulo Coelho
(Planeta, $ 16)

3. Harry Potter y la piedra filosofal
J. K. Rowling
(Emecé, $ 14)

4. Amarse con los ojos abiertos
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 16)

5. La caverna
José Saramago
(Aguilar, $ 21)

6. Asesinos sin rostro
Henning Mankell
(Tusquets, $ 17)

7. Abducción
Robin Cook
(Emecé, $ 18)

8. Mientras vivimos
Maruja Torres
(Planeta, $ 18)

9. Harry Potter y el prisionero de Azkabán
J. K. Rowling
(Emecé, $ 16)

No ficción

1. Quién se ha llevado mi queso
Spencer Johnson
(Urano, $ 10)

2. El dictador
María Seoane y Vicente Muleiro
(Sudamericana, $ 23)

3. El camino de la autodependencia
Jorge Bucay
(Sudamericana $ 23)

4. Parias urbanos
Louis Wacquant
(Manantial, $ 13.90)

5. Los hombres son de Marte; las mujeres, de Venus
John Gray
(Océano, $ 13.50)

6. Galimberti
Marcelo Larraquy y Roberto Caballero
(Norma, $ 23)

7. Duérmete niño
Eduard Estivill
(Plaza Janes, $ 9)

8. Recuentos para Demián
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 16)

9. El golpe
Alberto Dearriba
(Sudamericana, $ 21)

¿Por qué se venden estos libros?
"El éxito de Harry Potter, que tuvo adeptos desde sus albores, se ve agigantado por la reciente aparición del cuarto número de la saga. Por otro lado, los libros de tintes políticos también han sido objeto de mucha demanda, tal vez a causa de los 25 años del golpe militar". Ivonne Villalobos, vendedora de Fausto.

Cultura Karaoke

Especialmente invitado a la Feria del Libro, el editor Michael Krüger es una de las figuras más conocidas de la edición en Alemania. Nacido en 1943 en Wittgendorf, vive en Munich, donde es editor en jefe de la Editorial Carl Hanser y editor de la revista literaria "Akzente". Como escritor, ha ganado importantes premios literarios y es miembro de varias Academias, como la de Mainz, la Academia Bávara y la Academia de la Lengua y la Poesía Alemanas. En el texto que sigue, el libro autobiográfico donde el gran editor neoyorquino André Schiffrin cuenta sus tribulaciones en la industria del libro, le sirve a Michael Krüger para analizar la situación mundial de la producción editorial a la luz de la concentración monopólica.

POR MICHAEL KRÜGER Quien hoy habla de cultura, habla de dinero. Ya se trate de teatro, artes plásticas, óperas o editoriales, la relación inversión-ganancia debe mostrar resultados positivos. Atrás quedaron los tiempos en los que el *potlatsch* o los "productos basura" quedaban a cargo de la sociedad (o el mercado) que quisiera comprarlos. Hoy ya no se habla más acerca de los contenidos. Imaginemos un debate en el parlamento alemán sobre la significación del arte, sobre las formas de producción de los artistas o, lo que es más inusual, acerca de los "contenidos" de la cultura. Mientras el sistema de televisión pública alemana pueda seguir garantizando la aparición *karaoke* de los tres tenores, la cultura no va a ser un tema de debate.

Las editoriales son reivindicadas como el "orgullo" de una nación. Gallimard y Seuil; Adelphi, Einaudi, Feltrinelli; Bonniers y Gyldendal; Anagrama y Tusquets –es decir todas las editoriales europeas grandes o pequeñas– fueron y son responsables de preservar las literaturas nacionales, de garantizar un buen caudal de traducciones profesionales de obras clásicas y de hacer accesible el pensamiento científico y filosófico de los tiempos que corren. Las editoriales no fueron el capricho de algunos trasnochados, sino un factor importantísimo dentro de la política cultural en diferentes países.

Para alivio de las arcas del Estado, contrariamente a otras fábricas alemanas de cultura, las editoriales crecieron al margen de la subvención estatal. Cada vez que un tenor abre la boca, el Estado está cantando con él. Sin embargo, nadie me ayuda cuando decido publicar un libro de poemas. Durante mucho tiempo, el riesgo que asumían las editoriales fue premiado por el Estado, a lo sumo, a través de la manutención de bibliotecas, universidades y escuelas, organismos donde el libro ocupa un papel central. De ese modo se garantizaba a las editoriales la venta segura de algunos cientos de ejemplares de una edición. Es ésta la razón por la cual –hasta hace muy pocos años– las editoriales (alemanas, en principio) pudieron cumplir con su misión cultural.

Pero también esa época ha quedado atrás. Las bibliotecas ya no tienen lugar ni dinero para libros. El mismo hábito de editar libros tal como se vino realizando durante los últimos 250 años se está desvaneciendo. Nacen los grandes grupos empresarios, corporaciones mixtas, donde el libro tiene un papel secundario. Expresado de una manera más positiva, estamos asistiendo al nacimiento de algo nuevo. La posteridad habrá de decidir si es mejor o peor de lo que teníamos.

La increíble celeridad de estos cambios en materia de producción y distribución editorial puede ilustrarse a través de un pequeño libro que da cauce a la furia de su autor, el editor estadounidense André Schiffrin, durante años a cargo del sello Pantheon-Verlag de New York.

El padre de Schiffrin, el judío ruso Jacques Schiffrin, emigró a Francia después de la Primera Guerra Mundial. Conjuntamente con André Gide hizo traducir a los escritores rusos en su sello Editions de la Pléiade. En 1940 pudo emigrar a los EE.UU. gracias a la ayuda de Varian Fry, donde creó –conjuntamente con el matrimonio de exiliados Kurt y Helen Wolff– Pantheon Verlag, editorial que, entre otros, publicaba a Aragon, Camus, Hermann Broch, Heinrich Zimmer, Valéry y Malraux. Jacques Schiffrin murió en 1950, demasiado tarde como para ser testigo del avasallador éxito de su editorial con *El Gatopardo* de Lampedusa y *Doctor Schivago* de Pasternak.

Desde la muerte de Schiffrin y del matrimonio Wolff, la literatura extranjera y, sobre todo la literatura alemana, fueron perdiendo terreno en Estados Unidos.

Cuando los Wolff dejaron Pantheon para asumir la dirección de Harcourt & Brace (donde Helen se encargó de dar a conocer a autores como Grass, Uwe Johnson, Calvino u Octavio Paz), la casa que habían fundado junto con Schiffrin fue vendida a Random House, que poco tiempo antes habíaadquirido la famosa editorial Alfred A. Knopf. André Schiffrin aterrizó en 1962 en Pantheon. A uno se le ponen los pelos de punta cuando se entera de las reticencias con las que debió enfrentarse, por ejemplo, para traducir la obra de Michel Foucault, quien pocos años después sería invitado profusamente a dar conferencias en casi todas las universidades norteamericanas. Bajo la conducción de André Schiffrin, Pantheon se transformó en la editorial liberal de izquierda de Nueva York.

Al cabo de unos años, el grupo Random-House fue vendido al gigante mediático RCA, cuyos accionistas no querían seguir publicando libros y que, por eso mismo, a mediados de los 70, vendieron por sesenta millones de dólares todo el paquete a S.I. Newhouse. El nuevo dueño del grupo, que nada sabía de ediciones, pugnó por recuperar la inversión de la manera más rápida y, pese a la ruidosa oposición de intelectuales internacionales, puso a André Schiffrin de patitas en la calle. La cola de gente que desfiló durante semanas a los pies del edificio de Random es absolutamente inolvidable: el sueño de cualquier editor que se queda sin trabajo.

Cuando en 1997 Random House tenía ya una deuda de 80 millones de dólares, Newhouse (que también editaba el *New Yorker*) decidió alejarse del complejo negocio editorial y vendió todas sus pertenencias, inclusive el imponente edificio neoyorkino, al gigante Bertelsmann, que mediante esa operación se convertía en el pol más grande de todos los tiempos.

La utopía contemporánea se hizo realidad: uno de cada cuatro libros, uno de cada tres CDs, uno de cada dos programas de TV llevan directa o indirectamente el sello de Bertelsmann.

Impulsadas por el ejemplo de Bertelsmann, las empresas alemanas de medios no se hicieron esperar para adquirir todos los diarios, todas las revistas, todos los canales de televisión y de radios, todas las editoriales, imprentas, distribuidoras, empresas de televisión digital y demás parafernalia mediática futurista. Estamos asistiendo a una guerra cuyo desenlace aún no es previsible. Los funcionarios expertos en concentración oligopólica y cartells de cualquier tipo perdieron las ganas de entender el enredado panorama financiero de los medios. Es por eso que nos podemos quedar tranquilos: finalmente, por fin se impondrá la ansiada *dot.com.cultura* universal, tal como la describió acertadamente Jeremy Rifkin.

En su libro de memorias, André Schiffrin, el furioso editor de Nueva York, recuerda los buenos viejos tiempos. Sin embargo, la perspectiva de Schiffrin es parcial e impide la percepción objetiva de la situación actual. Es falso afirmar que sólo las pequeñas editoriales independientes se atreven a asu-

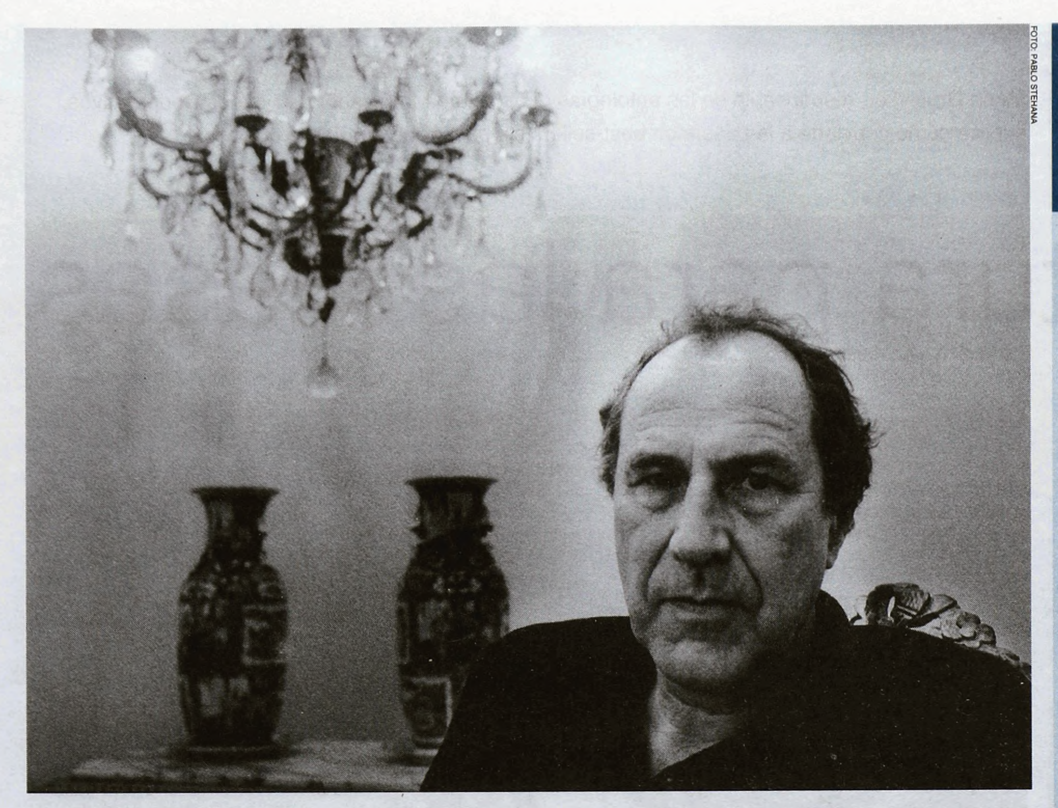


FOTO: PABLO STEFANIA

mir el riesgo de publicar textos difíciles o innovadores. Knopf (Bertelsmann) y Farrar, Strauss & Giroux (Holtzbrinck), por ejemplo, son editoriales famosas por sus libros de poesía. Y tampoco es cierto que las editoriales universitarias hayan perdido su atractivo. Harvard, Yale, MIT-Press, Johns Hopkins, University of California Press y tantas otras editoriales subvencionadas siguen ofreciendo un programa cultural y científico notable. Northwestern-University-Press comenzó, por ejemplo, a publicar autores que antes figuraban en el fondo editorial de Schiffrin: desde Gombrowicz hasta Jan Kott y Botho Strau..

Lo que sucede es que, de hecho, tanto en Europa como en los EE.UU., la literatura de "divulgación" –compuesta en un 70 por ciento por novelas de lectura rápida, libros de análisis político, históricos, *real-life-storys*, manuales de autoayuda, libros de cocina, etc.– está impidiendo que las editoriales independientes puedan acceder al mercado. El lamento por la desaparición de la literatura "de nivel" se ha impuesto en todo el mundo. La necesidad de concentración de las llamadas *mayors* mediante la adquisición de sellos editoriales proviene de la intención de minimizar el riesgo. Esta situación es entendible. Por otra parte, es inevitable que contribuya a un descenso de la calidad de la producción. Cuanto más grandees una editorial, mayores serán sus gastos operativos. Por eso, estos gigantes están obligados a producir *best-sellers*, productos que se lanzan al mercado con una campaña de publicidad antes inimaginable. Una editora más bien pequeña, como la mía, todavía puede concentrarse en mantener una determinada calidad. Para eso, nuestra mejor política es generar confianza y esperar que esa confianza sea la que anime a los medios, a la crítica y a las librerías a fijarse en nuestra producción. Una de las tareas más importantes de cualquier editor contemporáneo es tener acceso a la "mesa de novedades". Ésta es la consecuencia de una evolución que ha cristalizado en los últimos años y ha culminado en una aterradora aceleración: la vida útil de un libro es cada vez más corta. El 80 por ciento de la producción editorial desaparece después de los seis meses del lanzamiento. El riesgo de un editor independiente es, por lo tanto, inconmensurable.

¿Se puede volver atrás? ¿Es esta situación inmodificable? Desde que el libro se ha transformado en un producto, las editoriales son manejadas por *managers* expertos en estrategias de mercadotecnia e incremento de capital. Cuando las cifras no dan, el sello se pone en venta. Y, extrañamente, siempre hay un comprador, que ya no es un señor culto de pullover de cuello alto, sino un joven que viste Armani, fuma cigarros cubanos y nos habla de *targets*.

En sus reclamos, André Schiffrin está exigiendo indirectamente que el Estado vele por la pluralidad y la diversidad de la producción cultural. Pero el Estado tiene otras preocupaciones. Para el Estado, la diversidad cultural suele ser un tema inquietante. Hasta hoy supo desentenderse del tema editorial alegando la necesidad del libre juego de "los mercados". Ahora, el Estado habla de Internet: es allí donde habría de formularse esa nueva cultura democrática a la que todos podrán acudir.

Nadie puede afirmar que hay demasiados libros en el mundo. Sin embargo, da miedo que, por ejemplo en los EE.UU., el 80 por ciento de los libros sea editados por apenas un puñado de megaempresas que ni siquiera son editoriales de origen.

NOTICIAS DEL MUNDO

El Instituto Superior de Enseñanza Radiofónica (ISER) inauguró la carrera de Guionista de Radio y Televisión, coordinada por Jorge Maestro y Nora Mazziotti y dictada por un conjunto de profesores de reconocida formación académica. El plan de estudios de tres años se estructuró como una combinación de saber teórico y ejercitación práctica acorde a las exigencias productivas que se plantean en los escenarios radial y televisivo de nuestro país.

Uno de los más prestigiosos editores franceses, Jerome Lindon, quien lanzó el *nouveau roman*, murió víctima de un cáncer y fue sepultado en la más estricta intimidad en París. La noticia del fallecimiento de Lindon, a los 75 años, fue dada a conocer por Editions de Minuit, la editorial que dirigía desde 1948. Lindon fue miembro de la Resistencia a la ocupación nazi de Francia, cuando nació la editorial de la que llevaría las riendas durante más de medio siglo. Editions de Minuit, así llamada porque durante la ocupación los libros se imprimían de noche, emplea a sólo nueve personas y publica entre quince y veinte títulos al año. Lindon "inventó" el *nouveau roman*, con escritores como Nathalie Sarraute, Alain RobbeGrillet o Michel Butor, y lanzó a Elie Wiesel, Samuel Beckett y Claude Simon, que ganarían premios Nobel.

El escritor iraní Kazem Kardevani, perseguido por la Justicia de Teherán desde abril del pasado año, recibirá la protección de la ciudad de Weimar (este). Kardevani fue acusado de traición al Estado tras pronunciarse a favor de una mayor apertura en su país en el curso de unas jornadas sobre Irán organizadas en Berlín por la Fundación Heinrich Böll. Portavoces de Weimar, ciudad que pertenece a la red internacional de "ciudades refugio", precisaron que Kardevani recibirá durante un año una beca que le permitirá vivir en paz, centrarse en su trabajo y seguir ligado al mundo universitario.

El Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literatura y el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario organizan el coloquio "Retóricas y políticas del ensayo", que se desarrollará entre el 1º y el 3 de agosto próximos.

Mario Grabivker, responsable de las antologías del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, explica cómo convierte a la poesía en best-sellers sin pasar por librerías ni quioscos.

Literatura para las masas

POR JONATHAN ROVNER Prácticamente a espaldas del mercado editorial hegemónico, haciendo caso omiso de los rankings, las modas y las novedades foráneas, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos viene manteniendo desde hace diez años una puntualidad digna de admiración, con el compromiso de publicar un libro por mes, todos los meses. Se trata de la colección *Desde la gente*. Son antologías de poesía, cuento y ensayo, principalmente de autores latinoamericanos, indefectiblemente de 128 páginas. Distribuidos al margen de librerías y quioscos, principalmente por suscripción, andan por todo el país y llegan a manos de lectores no convencionales, normalmente de a 9 mil ejemplares por título. Suman en total más de un millón trescientos mil libros, con alrededor de setecientas cincuenta firmas reunidas en más de cien volúmenes.


FOTO: NORA LEZANO

Mario Grabivker es el responsable de esta iniciativa que, a pedido y a través del correo, ha llegado a las más importantes organizaciones sociales, escuelas, bibliotecas y universidades de América y Europa, junto con sus 5 mil suscriptores que mes a mes acceden a una de estas antologías, entre las que se pueden encontrar, por ejemplo, títulos como *Antología personal* de Juan Gelman, Tuñón, Viñas y Martínez Estrada. *Conversaciones* de María Esther Gilio (con Bioy Casares, Borges, Puig, Neruda, entre otros), y muchas otras antologías de gran utilidad para lectores inteligentes, pero sin tiempo para leerlo todo.

"Nosotros somos una entidad de segundo grado, es decir, somos una cooperativa de cooperativas. Toda nuestra actividad la hacemos sin fines de lucro, aunque sí con la necesidad de salvar los costos", explica Grabivker. "El Instituto existe en la Argentina desde hace cuarenta y dos años y hace diez que venimos trabajando en la colección *Desde la Gente*. Mi mayor orgullo es haber logrado que Tuñón y Gelman, dos autores de poesía, fueran records de ventas, Gelman con 27 mil ejemplares y Tuñón por ahí cerca. Tratándose de poesía en la Argentina, es todo un logro. Además hemos trabajado con otros autores conocidos pero sin difusión, lo que se dice ninguneados. Nosotros hemos generado un espacio para nuevos escritores. Porque si observamos lo que está pasando en la industria editorial, los parámetros con que se manejan ahora que están siendo absorbidas por capitales internacionales, llegamos a la conclusión que de haber sido éstas las políticas editoriales de entonces, Borges o García Márquez jamás habrían sido publicados."

¿Cómo nació la propuesta?

–Cuando comenzamos en 1990, era el momento más duro del menemismo. Estábamos ante un enorme deterioro del tejido social, se había generalizado el descreimiento respecto del protagonismo de la gente. Ese es un peligro que todavía vivimos y por eso, desde la literatura, tratamos de estimular el desarrollo del pensamiento propio para reanimar ese protagonismo, que es esencial en la lucha contra las formas de pensamiento hegemónico. Por eso empezamos por trabajar sobre el vínculo con las zonas de influencia del Instituto. Buscamos primero la llegada a la gente de las cooperativas. Hoy en día el banco Credicoop es nuestro principal apoyo. De allí sacamos la mayoría de las suscripciones. También nos apoyan las bibliotecas de las cooperativas de trabajo y, próximamente, de la Biblioteca del Congreso de la Nación. Participamos en coediciones con entidades no gubernamentales, como la revista *Milenio*, que hacemos con la CTA, o los cuentos ecológicos, donde intervinieron la Unesco y la Secretaría de Cultura de Chubut. Bibliotecas populares, instituciones educativas y escritores de toda América están suscriptos a nuestra colección. Universidades de Canadá, Estados Unidos, España, Inglaterra y Francia compran nuestros libros para sus departamentos de estudios latinoamericanos.

¿Cuál es el objetivo de la colección? –Nuestro objetivo es promover la lectura en aquellos que no han tenido la posibilidad de acceder a ella como hábito. El que va a una librería es porque ya lee. Nosotros preferimos ir a través de los sindicatos, desde la CTA y la CGT disidente. Además, dado que vendemos los libros a precio de costo, no podemos entrar en el complicado sistema de distribución a librerías y quioscos. Esos son comercios y nuestro trabajo es extracomercial.

Habían realizado dos concursos de narradores de los que editaron sus correspondientes antologías. ¿Por qué no continuaron?

–Los concursos tuvimos que suspenderlos por dificultades económicas. Se presentaba mucha gente, hasta 6 mil participantes. Pero debo decir que hemos logrado dos de los más transparentes concursos que se han hecho en la Argentina. Establecimos un riguroso sistema para evitar cualquier tipo de acomodo. Publicamos los jurados, siempre, y de cada uno de ellos obtuvimos una antología de nuevos narradores.

¿Por qué los libros no van a librerías ni a quioscos?

–Todos los meses se vende todo, intentamos agotar las ediciones. No vamos a mesa de saldos. Todo el Instituto se ocupa de la confección de los libros. Sólo con el Instituto ya contamos con 3 mil empleados que reciben un libro por mes a través de su sindicato. Nosotros no vamos a mesa de saldos, nosotros vamos a los lectores. ♣